

ARTIGAS Y LA LITERATURA (*)

Domingo Luis Bordoli

En esta hora del Homenaje el testimonio brota de todas partes: Instituciones, organismos de enseñanza, medios de difusión y reuniones populares lo multiplican, dándoles el énfasis y la vibración correspondiente. Quisiéramos que el tono del nuestro, fuera el más sencillo y el más desnudo posible, de acuerdo a una grandeza exterior que ya no se discute, y que debe hacerse en lo interior, musical, y pensativa enseñanza. Si es la hora del vítor estruendoso, lo es aún más del “frémite” callado. Presentando, primero, la voz de los *viajeros*; luego, la imagen coloreada de los *narradores*; en tercer lugar, la voz en la plaza de los *polemistas*, a la que seguirá la voz persuasiva de los *pensadores* y la conmovida de los *poetas*; y terminando con el acento multitudinario de los *artistas épicos*, trataremos de hacer con el testimonio una suerte de aventura en el tiempo, la historia nacional de esta emoción que es Artigas. Su efecto desnudo y simple ha de tornar al final.

La primera voz que se nos aparece es la del padre Dámaso Larrañaga. Sus apuntes rápidos y vívidos del *Viaje a Paysandú* en 1815, se han hecho de acceso popular mediante la divulgación de la edición anotada por el sacerdote salesiano Baldomero Vidal. Es este un pequeño libro que no se olvida. Hay allí tantas cosas... tantas cosas ¡que faltan!, sobre todo, en esta nuestra conmovedora Edad del Cuero: Camas de cuero, puertas de cuero, platos de cuero; y tenían que comerse los manjares sirviéndose de “cucharitas de agua”. Hay tantos malos caminos, breñas y soledades; y vados que faltan: el vehículo tiene que atravesar el río Santa Lucía sobre una balsa hecha con bordalesas. Hay también frío y humo: diez o doce personas que se agrupan en una misma pieza donde comen y se miran a través de una humosa llama solo alimentada con arrojados pedazos de grasa. Este era el país, en su Interior, en 1815. Veamos, ahora, la semblanza que Larrañaga hace de Artigas en medio de este ambiente.

“Paysandú es pueblo de indios –dice– que está sobre la costa oriental del Uruguay, a treinta leguas de Mercedes. Se puede regular su población de 25 vecinos, la mayor parte de indios cristianizados: sus

(*) El presente texto, divulgado por *El País* en su edición del domingo 5 de julio de 1954, fue leído en el ciclo radial organizado por el SODRE en ocasión del bicentenario del nacimiento del héroe. Por razones de espacio, en dicha publicación se suprimieron algunos fragmentos.

casas todas son de paja". Nos habla seguidamente de la iglesia: allí se ve una efigie de la Virgen tallada por los indios, cuyas facciones, son de la misma raza. Sus facciones, a ellos les parecían muy hermosas, aunque todo lo contrario, a nosotros –dice–. Y agregó: *"Aunque es un pueblo tan infeliz, tiene el honor de ser interinamente la capital de los orientales, por hallarse en ella su Jefe"*.

"Nuestro alojamiento fue la habitación del General. Ésta se componía de dos piezas de azotea, con otro rancho contiguo que servía de cocina. Sus muebles se reducían a una petaca de cuero y unos catres sin colchón que servían de cama, y de sofá al mismo tiempo. En cada una de las piezas había una mesa ordinaria como las que se estilan en el campo, una para escribir y otra, para comer: me parece que había también un banco y unas tres sillas muy pobres.

"A las cuatro de la tarde llegó el General, el Sr. D. José Artigas, acompañado de un ayudante y una pequeña escolta. Nos recibió sin la menor etiqueta. En nada parecía un general: su traje era de paisano y muy sencillo; pantalón y chaqueta azul sin vivos ni vueltas, sombrero redondo con gorro blanco, y un capote de bayetón eran todas sus galas, y aun todo esto pobre y viejo. Es hombre de una estatura regular y robusta, de color bastante blanco, de muy buenas facciones, con la nariz algo aguileña; pelo negro y con pocas canas; aparenta tener uno cuarenta y ocho años. Su conversación tiene atractivo; habla quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo con largos razonamientos, pues reduce la dificultad a pocas palabras, y lleno de mucha experiencia tiene una previsión y un tino extraordinarios. Conoce mucho el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos, y así no hay quien le iguale en el modo de manejarlos. Todos le rodean y todos le siguen con amor; no obstante que viven desnudos y llenos de miseria a su lado; no por falta de recursos sino por no oprimir a los pueblos con contribuciones, prefiriendo dejar el mando al ver que no se cumplían sus disposiciones en esta parte, y que ha sido uno de los principales motivos de nuestra misión".

"Nuestras sesiones duraron hasta la hora de la cena. Ella fue correspondiente al tren y boato de nuestro General: un poco de asado de vaca, caldo, un guiso de carne, pan ordinario y vino servido en una taza por falta de vasos de vidrio; cuatro cucharas de hierro estañado, sin tenedores ni cuchillos, sino los que cada uno traía, dos o tres platos de loza; por asiento tres sillas y la petaca, quedando los demás en pie".
Agrega seguidamente Larrañaga que los manteles, de uso en esa ocasión, habían sido pedidos de prestado, y que, a la hora de dormir, el general Artigas le cedió su cuarto y su catre de cuero, yéndose él a dormir a un rancho.

Al otra día, el almuerzo se hizo de nuevo con asado y caldo, a los que se agregaron unos bagres amarillos. Bajando al puerto, Larrañaga supo que en unas chozas que servían de cuerpo de guardia estaban prisioneros los jefes de B. Aires que sostenían a Alvear. Fueron aquellos adversarios remitidos para ser ultimados, los que arrancaron a Artigas su confesión indignada de no estar allí para cumplir oficio de verdugo. *“Los tenía en custodia –sigue escribiendo Larrañaga– para volverlos, como después se ha verificado; conducta que ha sido con justicia sumamente aplaudida por los buenos americanos, y que ha acabado de desengañarlos que nuestro héroe no es una fiera ni un facineroso como lo habían pintado con negros colores sus émulos o envidiosos de su gloria”*.

Este relato de Larrañaga mantendrá siempre la fuerza de su sencillez; está hecho mucho antes de que el héroe cobrara su actual magnitud; pero diríamos que ella está presentida. Hay también en su relato una ingenuidad y un pensamiento limpios, con los que duplica la honestidad del testimonio. Veamos cómo lo representa Eduardo Acevedo Díaz en su novela *Ismael* (1888). En las primeras páginas de la misma, vemos que, aun los Padres Franciscanos, entre los cuales se había educado el oficial, manifiestan hacia él una curiosidad temerosa. Es tan callado y tan cortés; está tan hecho; y en medio de los nervios generales que provocan Elío y Michelena, gobernador y sustituto, se le oye hablar y hacer silencio, tan tranquilo, que también los viejos sacerdotes cargan ese misterio de sospecha.

Representaba entonces cuarenta años. ¿Dónde halló él esa entereza que no se aprende en libros, ni alcanza, por sí sola, a dar la educación? Una virtud rara, que se envuelve en secreto y, sin desdeñarnos, nos excluye, nos hace un tanto sospechar de su naturaleza. ¿Será quizás, en este caso, origen de este temple su juventud precoz entre matrones?

Y cuenta el narrador: *“Fray Francisco con la mano en la barba permanecía inmóvil, siguiendo con la vista al oficial de blandengues que se hundía en la niebla. Empezaba a oscurecer.*

–Misterioso y suspicaz –exclamó de pronto.

–Lo conozco bien –dijo Pacheco con aire concienzudo–, como lo conoce la campaña toda. Del año 90 al 96, cuando él era muchacho, hizo salir bastantes veces en vano mi espadón de la vaina.

–¿Se educó en este convento? –susurró el fraile interrumpiéndolo, siempre con gesto caviloso–. Dicen que hay austeridad en su vida.

–Una cosa afirmo yo, sin ofender a nadie– añadió el capitán con entonación de brusca franqueza.

–¿Y es?

–Que no bebe ni juega”.

Una hora después, concluido el rezo, y ya de sobremesa, reanúdase la conversación algo que sigue intrigando al sacerdote.

—“¿No le parece a Ud. capitán Pacheco, que el teniente de blandengues, nuestro conocido, tiene algo de raro?”

El capitán le miró, y recogióse en breve meditación, como quien tiene mucho que decir y elige con su mente a solas. Luego, encogióse de hombros, y respondió con cierta displicencia:

—¡Padre, nadie sabe cómo tiene el alma nadie!”.

De similar manera, en la novela *Blandengues en la frontera* de Miguel Víctor Martínez (1933), autor de otras obras de tema patrio como *Andresito* (1949) y *Artigas* (1950), el personaje mantiene una calma uniforme, aunque muy sensible adentro, cuando cierra los ojos de Santa Cruz, el primer blandengue caído en cumplimiento del deber. Las pupilas del moribundo habían querido fijarse en él, pero se corrieron como a la deriva. Entonces el jefe se inclina y con la yema de los pulgares cerró delicadamente aquellos párpados,

—Cúbralo con el poncho—dijo, luego, a media voz. Y miró meditabundo hacia la noche, en tanto el compañero del muerto gemía.

Igualmente en *Intemperie* (1963), novela de Elíseo Salvador Porta, autor también de una valiosa valoración psicológica de Artigas en 1958, se nos muestra, con un arte narrativo mucho más depurado, esta rara y hermosa alianza de llaneza y de pensamiento ensimismado, habitual en ese hombre. He aquí, a comienzos de 1789, una familia pobre, desalojada una y otra vez sin miramientos, que debe hacer alto en el camino porque la mujer viene de nuevo muy pesada. *“Cada vez más hirsutos y desnudos—dice el narrador— iguales a bichos, ‘ganaron’ la sierra, Un día los gurises corrieron a esconderse en el cubil familiar, porque venía gente. Era un grupo de jinetes de los que hacían corambre al otro lado de la sierra. El jefe era un hombre de menos de treinta años. Cabalgaba derecho, con la nuca y la espalda en una línea, de suerte que la cabeza se destacaba neta de los hombros; tanto más que por una muelle flexibilidad del tronco, el sacudimiento del trote no le alcanzaba.*

“Iba bien afeitado.

“Cuando se quitó el sombrero, la blancura de su frente quedó a la vista junto a la raíz del pelo que, echado hacia atrás, era oscuro; y rubio en sus extremos por haber sido tostado por el sol. Pero sin duda eran los ojos de aquel hombre los que tenían suspensa a la silvestre familia. Habitados a no ver en los propios, o en los ojos de las alimañanas, más que las emociones de tal o cual trance, los cautivaba aquel mirar limpio y potente, que transponía la circunstancia fortuita, para traducir una fuerza permanente.

“Desmontó, y luego de llegar hasta el viejo en cuatro pasos bien medidos, tendiéndole la mano, dijo:

–José Artigas, paisano, para servirlo”.

Nos es preciso, ahora, sustituir las vívidas imágenes de los narradores, y trocar el color por el calor. En la hora de la polémica leamos un fragmento del primer libro que asestó en forma orgánica –según dice Luis Bonavita– un golpe decisivo a la leyenda negra en torno al héroe. Es el “Artigas” (1884) de Carlos María Ramírez, riograndense de origen. Libro que suscita un agradecimiento permanente: libro tan lleno de fervor como de lucidez. Entre los muchos cargos que el diario de B. Aires “Sud-América” hace a Artigas, figura el gobierno de Otorgués. Carlos María Ramírez sabe mirar esta realidad cara a cara. Y replicando, dice: *“En los preludios de la Revolución, era más que deplorable la situación de la Banda Oriental y de las provincias adyacentes. Montevideo, con unos cuantos miles de habitantes, plaza fuerte de la dominación española, estaba supeditada por la influencia del partido realista. (Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, no tenían una ciudad caracterizada para ejercer fuerza moral en el movimiento revolucionario). Las campañas se encontraban en un estado casi primitivo, con mucha mezcla de elementos indígenas. Artigas sublevó y acaudilló esas masas campesinas para entregarlas a la causa de la Revolución. ¿Le hacéis por ello un cargo? Decid entonces que la Revolución fue prematura, que debimos soportar cincuenta años más el tutelaje de la madre patria; pero glorificando, como glorificáis, la Revolución de Mayo, tenéis que admitir a los pueblos bajo su bandera, tales como eran, y no como hubiera sido preferible que fuesen!”*

Es esta misma visión de Carlos María Ramírez la que surge más tarde en el pensamiento de Rodó, cuando en *El camino de Paros* escribe, al sentir la figura de Artigas como el lazo viviente entre la sociedad europea de Montevideo y la semibárbara de sus campañas: *“Allí, en el ambiente agreste, donde el sentir común de los hombres de ciudad sólo veía barbarie, disolución social, energía rebelde, vio el gran caudillo, y sólo él, la virtualidad de una democracia en formación. Por eso es grande Artigas. Trabajó en el barro de América, como allá en el norte Bolívar”.*

Oigamos ahora el homenaje de la poesía. El tiempo no nos permite nada más que citar una estrofa del poema de Sara de Ibañez premiado en 1952. Es la última, de la parte titulada “La muerte”. Y dice:

*Pero entre sus espigas y sus flores,
cuando la muerte le entreabrió las puertas*

*el guerrero de blancos resplandores,
dianas oyó por las borradas huertas.
¡Mi caballo! gritó: y en los alcores
resonaron angélicos alertas.
¡Mi caballo! Montó el corcel sombrío,
y tendió su galope sobre el frío.*

Asimismo, queremos recordar la última estrofa del poema de Líber Falco, de 1951. Tal materia parecía extraña a su inspiración de habitual temática suburbana, a su simpatía proletaria y a la humildad de los pequeños seres y cosas que le enseñaron a crear la más auténtica poesía. Dice así:

*Y en el silencio oscuro de la selva
a solas, con su América a solas,
Meditabundo y hondo y fuerte
como un sabio o un guerrero,
A solas con su muerte,
la luz más clara que posó en su frente.*

Nos quedaría, finalmente, por recordar a D. Juan Zorrilla de San Martín. Pero ¿qué uruguayo, en esta ocasión, ya no se lo ha representado en su mente? Nunca más vivo, como en estos días de fiesta de la patria, “cuando todos los niños uruguayos cantan en las ramas” –según él decía. He aquí alguno de sus viejos bramidos llenos de fuego: “*Quedaos con vuestros Napoleones chicos y grandes; sólo veis al héroe cuando se os presenta rodeado de abalorios y trompetas. Yo me quedo con el pobre Artigas. Con él no envidiamos a nadie en el mundo, a nadie en este mundo terráqueo*”.

“*Yo mismo, cuando me propongo pensar en cómo y por qué Artigas veía en la oscuridad, lo que otros no veían en la luz, siento que mi cabeza zumba como un árbol lleno de abejas*”.

Pero habíamos comenzado nuestras palabras con el deseo más profundo de sentir esta grandeza a modo de una vibración de la desnudez y de una majestad alzada de la más pura piedra lisa. Es después de la hora en que las banderas se vuelven –como dice Zorrilla– a su inmortal silencio.

El de la primera verdad. Desde tierra, paraguayana, un oriental residente amigo de Zorrilla, Agustín Carrión, envió a este la primera partida de defunción que se escribiera sobre el desterrado. Las palabras que se leen en el margen son estas: “*José de Artigas, extranjero*”. Las

palabras del texto, las siguientes: “*En esta parroquia de la Recoleta de la Capital, a 23 de Setiembre de 1850, yo, el cura interino de ella, enterré en sepultura ordinaria del cementerio el cadáver de un adulto llamado José Artigas, extranjero de esta feligresía. Doy fe*”. Y viene luego la firma del sacerdote. El cadáver fue enterrado en sepultura ordinaria y en cementerio de insolventes.

Estas pocas palabras hacen correr sobre nuestras cabezas un poco de aire frío impresionante. Quizás estaba impuesta de esa misma soledad, y quería de todas maneras protegerla, aquella Asamblea de 1884 que al decretar la erección de un monumento con la estatua ecuestre, en bronce, a la memoria del General, decretaba también que el pedestal estuviese hecho de granito de Las Piedras, que en su fundamento se emplearan piedras enviadas al efecto por todos los departamentos de la República.

Y, finalmente, que en dicho pedestal sólo se grabara esta inscripción: *Artigas*.

Decretaba, en resumen, el éxodo de todas las palabras del idioma. Habiéndose mirado en su corazón, la Asamblea no se juzgó capaz de hallar digna una sola voz que fuera de aquel nombre acompañante.

Era el silencio más total, hecho apoteosis.